

The Mirror Column
10-21
Bishop William Joensen

La Nueva Familia Addams

Con el estreno este mes de la película secuela, *La Familia Addams 2*, se nos invita a las cámaras de este grupo de personajes frecuentemente raros, algo espantosos y extrañamente atractivos que se identifican como “una de las más familias más simbólicas en la historia americana, al nivel de los Kennedys.” Para los seguidores casi religiosos de los padres Homero y Morticia, sus hijos Merlina y Pericles, miembros de la familia el Tío Lucas y la Abuela, el mayordomo Largo, Dedos quien no tiene cuerpo y las demás creaturas es como si todos los días fuera Halloween.

A pesar de lo intrigantes que son los Addams, hay otra familia que debería capturar nuestra imaginación espiritual e intensificar nuestra participación en un drama que en veces es espantoso, divertido a veces, periódicamente místico, pero nunca aburrido. Cuando oramos el *Salve*, nosotros “los desterrados hijos de Eva” descendiendo de nuestros primeros padres quienes fueron desterrados de Dios por su propia y voluntaria desobediencia a la sabia instrucción de Dios. Por virtud de nuestra humanidad común, pertenecíamos a la primera familia de Adán cuya historia comienza en sabiduría pura pero que fueron arrebatados hacia un sobrio resultado hasta que Dios que es espíritu puro, intervino y se formó de carne por nuestro bien.

Este Dios permanece no como una “cosa” pero como una comunidad de personas. San Paulo compara a Jesús, el nuevo Adán, a su predecesor: “"desde Adán hasta Moisés, la muerte tuvo poder, incluso sobre aquellos que no desobedecían abiertamente como en el caso de Adán. Pero otro Adán superior a éste había de venir... Todos mueren por la falta de uno solo, pero la

gracia de Dios se multiplica más todavía cuando este don gratuito pasa de un solo hombre, Jesucristo, a toda una muchedumbre.” (Romanos 5:14-15)

Cuando nos identificamos plenamente como seres de cuerpo y alma con el nuevo Adán, Jesús, nos encontramos con que somos parte de una familia en donde la disfunción o incapacidad es una ocasión para solidaridad compasiva y en donde se acoge la vulnerabilidad mutua. Aceptamos nuestros propios cuerpos con sus propias características distintivas y sus imperfecciones sin tener que exagerar nuestra propia excepcionalidad en un esfuerzo desesperado que grita “¡Mírenme!” Por el contrario, tenemos una actitud como la de Kathleen Berken, quien vivió en una comunidad “Arco” en Clinton, Iowa con otras personas que enfrentaban diferentes retos físicos y cognitivos.

Kathleen, quien contrajo cáncer de seno en etapa 4 y se sometió a cirugía y tratamiento, nos dice, “Durante mi año de tratamiento, los miembros de la comunidad no se dieron cuenta de que me faltaba un seno, ni hicieron comentarios ofensivos sobre mi pérdida de cabello, mi aumento de peso, o cambio en apariencia debido a los devastadores efectos de la quimioterapia. No es que no les importara; ellos simplemente no ponían atención.” Hay una nota contra cultural: “El espejo de su baño refleja rostros y cuerpos que mi cultura no celebra en las portadas de revistas de celebridades. Entonces, una mujer calva, con cuarenta libras de más, con un solo seno, una cara roja, y la piel manchada por la quimioterapia, se ve igual que algunos de ellos. Me vi con más alivio.”

Una vez que estamos bautizados en Cristo, nuestros cuerpos son precisamente un “templo del Espíritu Santo” que nos da acceso a una comunidad que es tanto humana como divina, en donde podemos respirar libremente. Más aún como predecesores del glorificado cuerpo con el cual los amigos de Dios – “los santos “santificados” – están enfocados, nuestras prácticas

alrededor de la muerte pueden reflejar correctamente nuestra dignidad humana a la vez que se mantiene un agraciado desapego que no se aferra excesivamente a los restos mortales de sus seres amados (como fue en el caso de la mujer que tomó parte de las cenizas de su marido para cocinarlas con la vasija de barro en donde reposan el resto y el cual piensa tener en la repisa en su casa hasta que ella muera.). Tampoco debemos mostrarnos con una áspera falta de respeto hacia las “cosas” que marcaron en algún momento nuestra presencia física (como es el caso, pienso yo, en movimientos que buscan legalizar la descomposición de cuerpos y reciclarlos como cualquier material orgánico.)

El cuerpo es importante, nos recuerda el Padre José Granados, porque nos conecta con nuestros padres y nos conecta a través de generaciones a Adán y a Eva con el mismo origen e historia. Felizmente, “en este tipo de generación, no es solamente la transmisión de una falta original, pero también la memoria de una beatitud original, eso es, una relación original con Dios como la fuente de vida y una promesa de plenitud.” Nuestra relación con nuestra madre u con nuestro padre puede o puede no ser una amistad plena; de igual forma, más allá del orden natural “hay una memoria colectiva familiar de felicidad que se registra desde Adán.”

Cuando la memoria recupera ese sentido pasado de beatitud original, hay también una dimensión futura de felicidad a la que accede la fe y que está inscrita en el cuerpo individual y en el Cuerpo de Cristo, que se manifiesta en la Iglesia y en la Eucaristía. Al seguir nuestro peregrinar en la vida y que comenzamos a sentir nuestra mortalidad con mayor intensidad, nuestra presencia dentro de la comunidad humana que influye en la comunión con Dios es un consuelo y una fuente de esperanza, porque ya anticipamos la vida del nuevo Adán, Jesús, y su muerte por nosotros. Los sacramentos son nuestros medios corporales para poder permanecer unidos con Cristo. Granados concluye: “La Eucaristía es el acto por el cual, por medio de la

carne y en unión con la carne de Cristo, toda la Iglesia se dirige a sí misma hacia él. Por lo tanto, por este feliz acontecimiento, la Iglesia se convierte en una ciudad feliz.” La nueva familia de Adán debe radiar felicidad incluso al enfrentar la muerte, más allá de la Iglesia y para todo el mundo.

Como nota final, les hago esta súplica: muchos miembros del clero y otras personas observan la lamentable tendencia entre hijos cuando mueren sus padres, quienes eran católicos activos practicantes e incluso que recibían comunión diaria, no solicitan una Misa de Cristiana Sepultura por la eterna paz y gozo de sus padres, incluso cuando sus padres solicitaron claramente la celebración de la Eucaristía. Ya sea porque es algo fuera de nuestra zona de comodidad o recelos consecuencia de la ambivalencia de sus propias vidas, o por algún sentido de eficiencia o por razones económicas, no les juzgo.

Pero a mí me parece que no es solamente el negar la oportunidad de pedir la gracia misericordiosa de Cristo y los méritos de su muerte salvadora en ayuda de la purificación de sus padres y en preparación hacia el cielo y es además una ofensa contra el mandamiento de “honrarás a tu padre y a tu madre.” Más aun, como lo mencioné anteriormente, el evitar la Misa introduce una ruptura en el lazo generacional que se extiende en ambas direcciones: hacia el pasado rumbo a la bendición original que envolvió al primer Adán (y Eva), y hacia la futura esperanza de comunión en la visión beatífica. Ahí aspiramos a no solamente ver a Dios, sino a nuestros padres y nuestros hermanos en sus hermosos y glorificados cuerpo.

Mientras Dios y la Iglesia pueden seguir dándonos lo que falta a través de los méritos infinitos de la cruz de Cristo, el ignorar el ofrecimiento de la Misa funeraria reduce la perspectiva de felicidad no solamente en el cielo, sino que opaca la felicidad que tenemos disponible para nosotros, aquí y ahora en nuestra concreta experiencia de vida en el mundo. Y

eso es algo que ninguna familia en la vida real debe sufrir, menos aún la nueva familia espiritual de Adán.